



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 14 DE NOVIEMBRE DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## Fantaseando entre viejos lienzos

EL CASTILLO DE KÍTEZH

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

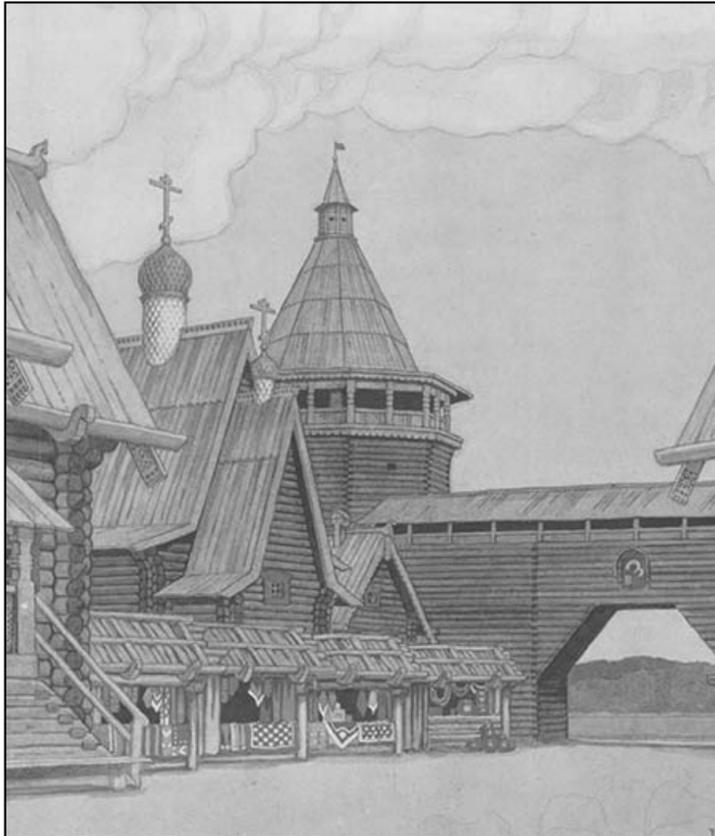
Lavrina, sentada sobre una enorme roca azul en el centro del bosque, escuchaba el sonar del agua del río. Y al notar que una lagartija descendió deprisa por el tronco de un árbol buscando meterse en un agujero, en la tierra, prestó mayor atención a lo que oía: La corriente del río le daba aviso de una manada de caballos que se acercaban, cabalgados por la realeza y sus soldados, intentando llegar a la cercana ciudad de Kítezh. Tras ellos, el ejército mongol los perseguía, buscando darles muerte. Lavrina se levantó sacudiéndose sus manos y juntándolas alrededor de sus labios para acrecentar el sonido: emitió un canto que atrajo a su alrededor el vuelo de los ruiseñores del bosque. “Debes esconderte en tu cueva, bella niña”, le dijo el coro de aves. Una nube negra ensombreció el cielo para esconderla y, de la oscuridad nebulosa, emergió un águila en descenso que chillaba: “¡Corre, Lavrina!”

La joven se adentró en la senda por la que había llegado, a pasos veloces y agigantados, detrás de mariposas blancas que le alumbraban el camino en la oscuridad. Al llegar a la cima, frente a la cueva, giró su cuerpo para mirar el horizonte inflamado en niebla. Una lluvia espesa de gotas pesadas se desató tras su entrada.

A la mañana siguiente, el brillo del sol no contaba con la arrogancia acostumbrada. Lavrina descendió, caminando cuidadosamente por el fango, mientras sus pies descalzos disfrutaban de la suavidad de la tierra esponjosa. Al llegar al río, notó la ausencia de lagartijas y escarabajos, de abejas y mariposas. Se dirigió a la enorme roca azul que prefería y la trepó. Contempló el silencio, presente como la quietud del río que ni siquiera se movía a través de sus aguas. Lavrina suspiró ligeramente y encorvó su delgado cuerpo. Deseaba saber si el peligro había pasado; pero no había creatura a quien preguntarle. El movimiento del río estaba cerrado para una plática. Lavrina se sentó con calma sobre la roca, húmeda aún.

De pronto, el crujir de una rama hizo eco. Lavrina notó una sombra que se movía entre los árboles. Colocó su pie derecho sobre el fango y se quedó quieta. Una voz la sorprendió detrás: “Hola”, le dijo un joven en camisa negra, cuello oblicuo y pantalón igualmente negro, quitándose el sombrero. “Mi nombre es Yuri”. “¿Cómo el príncipe?”, preguntó Lavrina. Él asintió con el parpadeo de sus ojos negros. Las ramas amarillas de los árboles comenzaron a moverse. El viento sopló levantando hojas secas de entre las piedras, y el río reanudó su corriente agitada. Varios soldados se acercaron. “Joven Príncipe, debemos regresar a la ciudad de Kítezh. El enemigo se acerca y cruzará este bosque”.

El Príncipe sembró su mirada tierna sobre la de Lavrina. Alzó la mano para despedirse, y ella sintió que el correr de



su propia sangre retrocedía. Las piernas le temblaron bajo su falda de percal, y una gota de lluvia cayó sobre el reverso de su mano. Lavrina no había visto joven alguno durante años, a lo largo de su eterna juventud. “Espera”, le respondió mientras se acercaba a un árbol cuyas hojas parecían ser moringa. Cortó una rama y regresó junto a su efímero amigo. “Guarda esto en tu bolso. Traerá buena suerte”.

Un relinchido se escuchó por el bosque mientras el Príncipe subía a su caballo blanco. “Andando”, dijo el jefe de la guardia, y se alejaron presurosos. Lavrina se acercó al río y metió su mano agitando un pequeño remolino. La imagen del castillo real de la ciudad de Kítezh apareció en el agua. “Es el futuro”, escuchó Lavrina decir al viento. De pronto se acercaron fuerzas enemigas rodeando el alcázar para incendiarlo. La familia real emergió en la imagen: colgados de los balcones, incluyendo al Príncipe Yuri. Lavrina se alejó empujada por un tsunami originado en el río.

Llevó sus manos al rostro para llorar, cuando una abeja se acercó a su oído. “Reza”, le dijo el animalito. Lavrina tomó agua de la vertiente con una concha y se dirigió a su cueva. Se hincó sin prisa, enmarcada por la oscuridad del recinto, mirando la luz gris del horizonte afuera. “¿Cómo se reza?”, se preguntó. Notó junto a ella, a un gusanito que se le acercaba. Lavrina agachó su cabeza y escuchó palabras que repitió, una y otra vez en círculo, lentas notas que al final

figuraban arabescos rápidos.

Al concluir, miró el agua en la concha y notó que el castillo real se volvía invisible frente a la mirada atónita de sus atacantes, que en ese momento arribaban. Estremecidos a la vez por el levantamiento en el aire de un lago cercano, huyeron del sitio y... jamás volvieron

EL PUENTE DE LOS DESEOS

OLGA DE LEÓN GONZÁLEZ

Cuando don Quijote regresó tras la primera salida a su hogar, donde lo esperaban su fiel ama, su sobrina -cuya edad no pasaba de los veinte años-, el cura del pueblo, con quien tenía más acuerdos que desacuerdos, si bien algunos irreconciliables, especialmente en materia de juegos de mesa y lecturas de libros de caballería, el noble caballero de la adarga antigua y el rocín flaco, llegó a tientos y rastras, y forzado por un profundo desfuerzo de todo su cuerpo, en particular de sus piernas flacas y sus aporreados brazos.

Lo llevaron a su cama entre el ama y el cura, y lo dejaron dormido tan profundamente que pareciera que se hubiese desmayado en cuanto su cabeza tocó la almohada. Lo taparon con un poncho de España, ¿Argentina o Rusia?, y un zarape mexicano, que sus múltiples admiradores le habían llevado o enviado con un propio hasta allí, en cuanto supieron de sus hazañas y su regreso a “La Mancha”.

Tal era para entonces ya la fama del desfacedor de entuertos y salvador de doncellas cautivas en las más recónditas

torres de diversos castillos, por el mundo de la Europa, Asia y Turquía y hasta lejanas islas, apenas conocidas.

Y, mientras los amigos y familia ideaban qué decirle cuando despertara, para desalentarlo de volver a las andadas. Don Quijote de la Mancha viaja en sus sueños por la India o las Indias, lo cual no queda claro del todo. Pero, sí que allí fue en donde encontró una hermosa princesa que era presa de las costumbres de antaño; las que sometían a las mujeres a los quehaceres del hogar: atender al marido, o al padre y los hermanos varones si no eran casadas; tejer, bordar y cocinar, si sus familias eran adineradas.

Tal como debían serlo, pues que el caballero, recién armado tal en la Venta a la que llegó en su primera salida y que confundió naturalmente con un reino, y de donde partió con rumbo de regreso a su hogar en busca de un escudero y cuanto el Ventero, “rey”, le dijo que necesitaba todo caballero andante, no podía menos de entablar conversación que con una princesa o reina.

Y no es que el manchego caballero desestimase a otras mujeres, pero ciertamente ya tenía puestos sus intereses y amor y batallas a quién ofender, en una sola mujer que superaba a cualquiera, aun a las de sus sueños; esa era la princesa de la región del Toboso, muy cercana a su vecindad, llamada por él Dulcinea del Toboso.

Enredados como estaban sus pensamientos por la calentura que le trastornó las razones, en sueños se veía en la India o las Indias, región -la primera- de uno de sus enemigos. En fin, que, pasadas casi setenta y dos horas, se despertó y trabó relación con Sancho, un labriego pobre de su región a quien propuso darle parte de lo que conquistara y a los malandrines les quitara, si se iba con él a conquistar el mundo y salvar doncellas.

Así con esas ideas inició su segunda salida. La princesa de sus sueños, fue Dulcinea; y sus acérrimos enemigos, los molinos de viento que reconoció como gigantes con los que tuvo desigual encuentro bélico, por más que Sancho le dijera que solo eran Molinos de viento.

Hasta que -un día- llegaría a la capital de su geografía real, fantástica y de ficción: La cueva de Montesinos...

Pero, ¿qué hago yo aquí, perdida en medio de estas lucubraciones ya mucho mejor producidas y narradas por Cervantes? ¡La ciencia y las artes me perdonen! Nada, apenas si reconocirme mujer domeñada que no deja de soñar, con que: un día, el día menos esperado, el más gris o luminoso de mi vida, un noble caballero me habrá de salvar de la torre en la que, por años -creo que durante toda mi prosaica vida-, he estado cautiva y atrapada sin más salida que mi loca imaginación... y mi pluma.

- Poesía, en dónde estás, cómo puedo ser tuya, aunque tú no seas ni mi

dueña ni mi dueño: tan solo la forma en que mi aliento viva o muera, ¡al fin!



**Jean Paul Richter**

(Johann Paul Friedrich Richter; Wundsiedel, actual Alemania, 1763 - Bayreuth, id., 1825) Poeta y novelista alemán. Opuesto a la concepción del arte y a las ideas políticas de Goethe y de Schiller, fue una de las figuras más relevantes del Sturm und Drang y uno de los mayores estilistas de la lengua alemana.

Hijo de un organista y pastor muy humilde que falleció tempranamente, Johann Paul Friedrich Richter cursó estudios de teología en Leipzig de 1781 a 1783 y adoptó el seudónimo francés Jean-Paul al publicar su primera obra, Procesos groenlandeses (dos volúmenes, 1783-1784), unos bocetos satíricos en los que se refleja la influencia de Jonathan Swift y que tuvieron escaso éxito.

Después de ello trabajó algunos años como preceptor y en 1790 fundó una escuela elemental en Schwarzenberg, que dirigió hasta 1794, momento en que el creciente éxito de sus obras -sobre todo Hesperus (1795)- le permitió vivir de la literatura. Entre 1796 y 1800 estuvo a menudo en Weimar, donde trabó amistad con Herder y polemizó con Goethe y Schiller, de quienes rechazaba la estética y las ideas políticas. Después de múltiples cambios de residencia, en 1804 contrajo matrimonio y se instaló definitivamente en Bayreuth.

Lirismo, musicalidad y humor caracterizan la obra de este «romántico de la novela» influido por Rousseau. Su idealismo lo condujo a explorar la «patria de la imaginación», con un estilo siempre marcado por el humor y el ingenio, lo que le hizo muy popular. De su etapa como maestro destacan Vida del alegre maestro Maria Wuz en Auenthal (1790), La loggia invisible (1793), la citada Hesperus (1795), que lo convirtió en uno de los escritores más famosos de su tiempo, Quintus Fixlein (1796) y Siebenkäs (1796).

De su obra posterior sobresale su novela Titán (1800-1803), considerada su obra maestra, en que fijó su ideal de educación del hombre. Deben citarse también Años de tuna (1804-1805) y sus escritos estéticos y políticos: Escuela preliminar de estética (1804), Pequeño tratado de la libertad (1805), Sermón de paz a Alemania (1808) y Crepúsculos de Alemania (1809). Una de sus últimas novelas ha sido situada entre las precursoras del realismo del siglo XIX: se trata de El viaje del Dr. Katzenberger al balneario (1809), un acabado retrato de un cínico.

*ad pedem literae*

*El más indestructible de los milagros es la fe humana en ellos*

Jean Paul

**Letras de buen humor**

*Siempre imaginé que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca*

Jorge Luis Borges

**Elmer Mendoza**

## Ciudad Juárez, un paraíso difícil de roer

La novela ganadora del Premio Chihuahua de literatura 2020 es magnífica. José Juan Aboytia, miembro del Colectivo Zurdo Mendieta, expone un registro lacerante de la vida en esa ciudad fronteriza sin abandonar las reglas de la ficción; presenta una ciudad donde no hay límites, donde padres e hijas tienen una manera de interpretar su papel en esta vida que no es el esperado y tal vez el menos conveniente. Paraíso difícil de roer, publicada por Nitro Press y el Colectivo Zurdo Mendieta, en la Ciudad de México en agosto de 2021, cuenta la historia de una familia y de tres chicas cuyas vidas son una madeja de estambre entre las garras de un gato.

Les puedo adelantar algunos detalles. El Contador,

un experto en lavado de dinero, contrata al padre de Ana María y Mariana y a su despacho, para llevar sus cuentas. El señor, que está quebrado acepta. Luego el lavador exige que le entregue a Ana María, su hija mayor, como esposa. ¿Imaginan? Tiempo después la joven señora aparece muerta y abusada.

Entonces lo presiona para que le ceda a la hermosa Mariana, uno de los personajes importantes de esta novela, a quien le toca vivir el infierno que es ser esposa de un delincuente, con sus pistoleros: el Gordo, el Niño, luego el JM y el Nuevo. El primero es un pobre infeliz atrapado en el porno, lo imagino como un programador de bots sin una vida propia, el Niño está enamorado de Mariana aunque no se lo dice porque podría perder la vida, el JM es el mayor, el experto en armas y el Nuevo está ubicándose en el trabajo. Kerra es una bella joven que hace varios descubrimientos de sí misma que los sacudirán. Fernanda, que padece bulimia, es un cuadro terrible de lo que puede ocurrirle a una joven que apuesta todo a su delgadez, y Carol, que muere por un novio decente y formal aunque su pequeño universo no da para mucho. Vive preocupada por eso. Las tres son amigas cercanas de Mariana.

José Juan Aboytia, que nació en Ensenada, B.C., pero que ha vivido toda la vida en Juárez, desarrolla de manera inquietante cada una de las personajes.



Las cuatro son jóvenes atractivas que están en el peligroso abismo de no saber qué hacer, o en el caso de Mariana, no decidirse a actuar. A lo largo de la novela, que en todos los capítulos tiene un epígrafe musical, cada una de ellas se moverá en pos de sus demonios o de su futuro, sin tener claro si se encuentran en el camino correcto. Los padres de Mariana están perdidos en su estupidez, la madre de Fernanda en su religión y los de Kerra y Carol son una sombra. Con mano segura, el autor lleva a cada personaje al punto donde podría estar su destino. Una novela es un ente vivo porque sorprende. Mientras la ciudad se empeña en acrecentar su fama de difícil, las chicas se mueven, lo mismo el Niño,

que es un joven que nunca sabe dónde está parado. Crear un personaje es difícil. Aboytia no solo crea uno, crea un grupo sin cuya presencia Paraíso difícil de roer sería otra cosa.

Es una novela decididamente negra, con un claro universo físico y otro no menos intenso, emocional. Con esta obra notará que no hay momentos libres, que aunque usted no lo sepa, mientras usted conversa con sus amigos o descansa, alguien está moviendo el timón de su barco, esa nave maravillosa que navega sobre la montaña y el desierto. Un buen libro es un trozo de memoria que acompaña por siempre, un elemento sutil que hace brillar los ojos. De esos es Paraíso difícil de roer. Ya lo verá.